NLA CONTRERAS

DEIDAD



Áurea Ediciones

© Deidad
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Julio 2023
© Nla Contreras
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Luis Naranjo
Corrección de textos: Virginia Berner
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-43-3
Registro de Propiedad Intelectual: 2022-A-4113



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente,
sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

So you think you can stop me and spit in my eye
So you think you can love me and leave me to die.

Bohemian Rhapsody, Queen





I

For one moment
I wish you'd hold your stage
With no feelings at all
Open-minded
I'm sure I used to be so free.

"Citizen Erased", Muse

Cerré los ojos y me vi obligada a abrirlos de inmediato. El balanceo del auto me daba náuseas, la hamburguesa se me revolvía en el estómago y amenazaba con subir por la garganta. Me concentré en la ventana tratando de bloquear todo lo que llevaba encima, como las emociones que me podrían por dentro y los restos humanos pegoteados por mi cuerpo.

El auto subió por un camino elevado. Poco a poco apareció una panorámica de todo Santiago con sus luces bajo la capa de smog, que no era tan alta como para tapar la cordillera. De haber sido otra las circunstancias, estaría maravillada con la vista.

A los costados, comencé a divisar casas. Eran construcciones enormes con terrenos amplios. Todo era verde alrededor. En la altura no había postes con una maraña de cableado como me era usual, solo hermosos focos que alumbraban el camino con una luz amarillenta.

Sentí que era su terreno. Todo ese orden y pulcritud me recordaban a Lucas.

El vehículo se detuvo ante un enorme portón que comenzó a abrirse de forma automática después de un clic. Al

entrar del todo, me topé con más terreno verde delante de una casa blanca que parecía ser de otra época.

No me moví cuando el auto se detuvo. Miré a Morales buscando una señal. Ya no sabía qué hacer o cómo actuar: me sentía cohibida. Me ignoró bajándose, se fue directo al maletero y comenzó a hurgar en él.

Me hundí en el asiento. Le había hecho mil preguntas y no eran muchas las que quiso contestar, solo que Craig era un apellido y que el nombre del hombre de la cinta era Acair. También me dijo que la aparición de nosotros era reciente: hacía solo unos años que se habían dado cuenta que mutábamos con el tiempo. Afuera había un montón de niños sin saber que en cualquier momento podían transformarse —no me quiso decir cuántos—. Según él, los tenían identificados y los vigilaban esperando el momento adecuado para mostrarles la cinta, porque no todos mutaban y el plan era que la menor cantidad de gente posible supiera de nuestra existencia.

En mi caso, la única razón por la cual no escuché la cinta en el mismo momento en que ataqué a la niña de primero en el baño del colegio fue por mi cercanía con Lucas. Estaban tratando de retrasar el momento para él, al menos, hasta que estuviera estable para elegir de forma correcta.

Todo, absolutamente todo lo de ese discurso era macabro. Incluso esa doble militancia de Morales entre Craig y el senador, la cual no lograba entender del todo y, sabía, no sacaba nada con preguntar.

Morales golpeó el vidrio con sus nudillos e hizo un gesto para que lo siguiera. Miré a los hombres sentados frente a mí. Ninguno había hablado en todo el camino: parecían espectros. Me bajé lento y lo seguí pisando el pasto. Cuando llegamos a la puerta de entrada me quedé observándola: era ancha y sin tocarla podía jurar que pesaba una tonelada. Mi departamento entero parecía de juguete al lado de esa fachada.

—Necesito que hables con Brintrup —dijo detenido frente a la puerta.

—¿Padre o hijo? —pregunté asustada.

—Hijo —moduló como si fuera obvio—. Convéncelo de que busque ayuda. Ya le tengo a alguien.

—Okey —murmuré.

—Pero te lo advierto —bajó la voz—. Dentro hay más personas. No puedes llegar y soltar cualquier cosa. Tienes que ser discreta.

Cambió de mano la bolsa para sacar un juego de llaves desde su pantalón.

—Dentro solo están Bruno y Lucas. No siento a nadie más.

Se detuvo de inmediato y trató de adivinar en mi semblante si estaba mintiendo. Soltó la bolsa, empujó con el hombro la puerta y entró desenfundando su arma. Me quedé tiesa con el corazón palpitando a mil por hora.

Quería ser más rápida, pero no podía moverme a mi antojo. Entré lento por el pasillo ancho, mirando todo alrededor. Junto a la puerta había un arrimo de madera y sobre él, un espejo dorado gigante. Lo primero que vi hacia la izquierda fue una escalera que conducía a un segundo piso y, casi de forma inmediata frente a ella, la puerta de la cocina. Miré hacia dentro y abrí los ojos al darme cuenta de su tamaño.

Un suspiro exasperado me obligó a ponerle atención a Morales. Había bajado el arma y miraba enojado de forma alterna el suelo y al frente. Escuché una risa burlesca que sonaba como Lucas, aunque en un tono que no reconocí. Al parecer, era él quien hacía sonar algo, que me imaginé, era vidrio contra vidrio. No podía verlo desde mi posición dentro del pasillo. No me atreví a caminar más.

—Sal de ahí, monstrua —el tono divertido de Lucas era extraño: no sonaba como él.

—¿Ari?

Bruno apareció frente a mí. Me miró con sorpresa, quizá por mi aspecto, y se pasó la mano por la cara en señal de alivio. Tenía un cabestrillo en su brazo izquierdo y una polera que no era de él; le quedaba demasiado larga y ajustada en los

hombros. Subió los dos peldaños que separaban el pasillo del resto de la casa.

—¡¿Qué estabas pensando?! ¡¿Crees que esto es un juego?! Llevamos horas esperándote, nadie nos dice…

No sé qué pasó. No sé si fue el darme cuenta de la estupidez que había hecho con su reto, o si me había caído encima el peso de haber estado horas en un auto creyendo que me iban a matar, pero la cosa es que me puse a llorar. Como siempre, Bruno se quedó de piedra sin saber qué hacer. Traté de limpiarme la cara cuando sentí a Lucas acercándose. Morales me miraba con una advertencia plasmada en sus ojos. Bruno intentó estirar la mano para tocar mis muñecas, que aún estaban un poco oscuras por las esposas, preguntando de forma insistente si me habían hecho algo mientras yo negaba con la cabeza. Se calló cuando Lucas llegó a nuestro campo de visión.

El verlo de esa forma detuvo mi llanto con una última bocanada de aire: estaba descalzo, con un pantalón deportivo negro remangado hasta las pantorrillas. De uno de sus largos brazos colgaba un vaso corto con un hielo y un líquido ámbar, la polera blanca estaba toda manchada de sangre, y lo más inquietante, su postura era muy erguida —revelando por completo su verdadera estatura, que solía esconder con los hombros caídos—, mirando amenazante a Bruno con los ojos negros.

A pesar de todo lo que podría haberle preguntado en ese momento, le solté:

—¿Estás tomando?

Entrecerró los ojos y juntó los labios, dejó el vaso en el último escalón y tomó aire para calmarse. Cuando lo logró, me estiró la mano. Morales seguía con esa mirada de advertencia tras él, ahora con la pistola enfundada y los brazos cruzados sobre su pecho.

Estiré mi mano hasta alcanzar la suya; me impulsó poco a poco hasta que me pegó a su cuerpo. Estábamos a la misma

altura gracias al escalón. Se sintió tan bien sentir su calor pegado al mío. Me aferré a su cuello y sentí sus manos acariciando mi espalda. Una de ellas acomodó mi cabello tras mi oreja y me dio un beso en la sien.

—¿Qué hiciste, Ari? —dijo en mi oído. El olor del trago quedó suspendido en el aire.

¿Cómo podía estar tan calmado después de todo lo que había pasado?

—Morales se burló de mí —contesté despacio, mientras el aludido reprimía una sonrisa—, porque no sabía lo de Claudio.

Se puso rígido y sentí su corazón desbocado golpeando su pecho. Me soltó lento y se quedó quieto observando con ojos vidriosos, espantados.

—¿Qué tan estúpida crees que soy? ¿Realmente pensaste que no lo iba a entender? —le solté con los dientes apretados y con una rabia que amenazó hacerme llorar otra vez.

Abrió la boca y la volvió a cerrar de inmediato. Creo que nunca lo había visto tan asustado. Bruno preguntó detrás de mí quién era Claudio. Me agaché para tomar el vaso, otro detalle que me estaba haciendo dudar de todo sobre él.

—Su ex —respondí mientras olfateaba el líquido.

Soltó unos balbuceos y todo quedó en silencio. Lucas retrocedió un paso y por instinto pegué mi espalda a la pared. Bruno lo embistió dejándolo tirado en el suelo.

—¡No! —grité soltando el vaso.

Lo tomé desde la espalda después de que su puño derecho aterrizara en la cara de Lucas. Lo empujé un par de veces, alejándolo lo más posible hasta la zona del living, donde dos cuerpos secos estaban tirados en el suelo, uno con la cabeza volteada en un ángulo extraño y otro con la caja torácica reventada.

Lucas quedó sentado en el piso con una sonrisa burlesca, que desapareció al pasar la mano por el pómulo. Arrugué el ceño. Bruno era zurdo y su mano izquierda estaba en el

cabestrillo, ¿qué tan fuerte podía ser el golpe?

—¡La estás usando!

—¡No! —contestó incorporándose y luego dirigiéndose a mí—. Te juro que no estoy…

La caja metálica de sus cigarros cayó desde su bolsillo y el tabaco se desparramó por el piso junto con dos cosas que parecían fuera de lugar: un par de pastillas. Intentó agarrarlas, pero Morales fue más rápido y las pisó como si fueran insectos. Nos quedamos hipnotizados por la escena y nadie se movió hasta que Bruno se apartó enojado, se pasó las manos por el pelo gruñendo y salió por un ventanal hacia el patio.

Solté aire y salí tras él. Cerré para que no nos escucharan. Una vez fuera, hice un paneo viendo cómo todo era verde después de un espacio de pastelones de piedra con unos asientos que parecían ser muy cómodos.

Eso sí que se veía como un parque, pensé, recordando cómo Lucas le decía al terreno frente a mi edificio.

El sonido acuoso del filtro de una piscina iluminada llamó mi atención. Suspiré hondo antes de hablar.

—No me está usando. Lucas es bisexual —dije y Bruno soltó un bufido irónico dándome la espalda—. No sé qué hacer —murmuré.

—¿Cómo no vas a saber qué hacer? —volteó con el ceño fruncido—. ¿A mí me aguantarías algo así?

—Tú no eres el más indicado para ponerte de ejemplo.

Resopló colocando las manos en jarra antes de hablar.

—Yo jamás haría nada de lo que él es capaz de hacer.

—No, solo llegarías borracho a tu casa de vez en cuando y te meterías con mi compañera para dejarla embarazada —iba a discutir y puse las manos en alto para que se calmara y me siguiera escuchando—. Tengo claro qué hacer con Lucas. Con quien no sé qué hacer es contigo —me miró sin entender—. ¿Por qué no te transformaste cuando Furia te mordió?, ¿por qué no moriste cuando te absorbí?

—¿Querías matarme?

—No me voy a disculpar.

—¡Nos criamos juntos!

—¡Lo sé! —respiré para calmarme y hablar lo más bajo que pude—. Por eso mismo estoy intentando protegerte a pesar de todo. Si ellos se enteran de que eres capaz de resistirme, te van a llevar como rata a un laboratorio para estudiarte. Tenemos que encontrar la forma de que no se enteren.

Me miró asustado; lo dejé procesar mientras el sonido del agua llenaba el espacio.

—¿De verdad crees que no lo saben?

—Morales debe saberlo, pero él no le dice todo a Craig. Juega a dos bandos y tenemos que averiguar qué necesita para que tenga un tercero.

Volteé con la intención de entrar de nuevo y me detuve al escuchar su voz.

—Ari… Lucas no es... Quizá yo soy un bruto, pero él tiene problemas y bien grandes.

—Sé que tiene problemas. Fue lo primero que aprendí de él.

—¿Te dijo que era gay?

—¡No es gay! Y si no lo entiendes, ahórrate el discurso. Intentó decírmelo y no pudo porque le han dicho toda la vida que lo que es está mal. Ni siquiera puedo imaginarme lo solo que creció aquí y lo que fue para él aceptarlo sin nadie que lo apoyara.

—¡Uy!, pobrecito —ironizó apuntando alrededor con las manos.

—¿Qué sabes tú lo qué es crecer solo?

—Tú no creciste sola, tampoco.

—Me quedé sola cuando obligaste a tu familia a no hablarme cuando terminamos —saboreé un rato su culpa antes de continuar—. No voy a seguir discutiendo esto contigo. Necesito averiguar qué quiere Morales o estás frito, ¿lo entiendes?

Soltó el aire atrapado en sus pulmones, luego de entrece-

rrar los ojos incorporando lo que acababa de decirle. Finalmente asintió con la cabeza sin mirarme.

Entré interrumpiendo una discusión: Morales y Lucas se quedaron callados al verme. Lucas parecía nervioso y esquivó mi mirada cuanto pudo, mordiéndose las uñas.

—Dejé una bolsa en la entrada con cosas para que te cambies —dijo Morales y me abrió los ojos tratando de decirme algo—. Quizás ustedes dos deberían aclarar algunas cosas —agregó mirando de forma alterna a Lucas y a mí.

Suspiré antes de decir:

—Pensé que estaba todo claro.

—Quizás —enunció Morales— hay más cosas que hablar.

—Yo no tengo nada que decir —imité su tono lento, tratando de reprimir una sonrisa.

—Estás enojada —declaró Lucas.

—¿Te parece poco? —agregó Bruno apoyándose en el ventanal. Lucas lo ignoró.

—Ari, tienes que entender…

—Lo entiendo.

—Pero sigues enojada.

—Sigo enojada.

Sentí la mirada de todos. Los cuerpos en el suelo me recordaron el dolor agudo que tenía en el estómago. Traté de no expresarlo, pero Lucas notó mi mano tratando de hacer presión en el punto doloroso.

—¿Estás bien?

—¡No me vuelvas a mentir! —grité dejándolo a medio camino.

Morales resopló enojado mientras Lucas escondía las manos en los bolsillos. Con la cabeza gacha, parecía un niño castigado. Respiré tratando de aguantar las ganas de darle una cachetada dramática, como en las teleseries. Y, a pesar de todo, también quería abrazarlo.

—Encontré a alguien con quien puedes conversar —dijo Morales. Lucas le puso atención con el ceño fruncido—. Po-

demos tomarlo como una aliada…

—¿Conversar de qué? —le soltó enojado—. ¿Eso cuándo me ha ayudado en algo?

—Te puede ayudar si lo permites. Te recuerdo que es la tercera vez que atentas contra tu vida.

—Estoy bien. Solo fue un momento…

—Lucas —susurré despacio y me aclaré la garganta para sacar voz—. No tiene nada de malo admitir que estás mal.

Acorté el camino que nos separaba y tomé su rostro entre mis manos para que me mirara, casi como acunándolo.

—Por muy enojada que esté contigo, no te voy a dejar solo. Solo… no me vuelvas a mentir.

Bruno resopló molesto y yo apreté los dientes.

Lucas tomó mi mano apoyada en su rostro, la envolvió con la suya y besó mis nudillos. Soltó una sonrisa torcida que me quitó el aliento. Su otra mano se posó en mi cintura, acercándome hacia él. El calor de su cuerpo era más intenso de lo habitual.

—¿Te dije hoy que eres maravillosa?

—Si son más de las doce, no —sonreí sintiendo que el enojo se iba a la punta del cerro.

—No quería mentirte, traté de decírtelo millones de veces. No tienes idea de las cosas que me han dicho cuando lo cuento, no podía…

Me escondí en su hombro abrazándolo. Soltó un suspiro y su pulgar pasó con cariño sobre la nuca.

—Perdón —susurró con un beso.

Le respondí con una sonrisa que, pensé, era triste. Se acercó a Morales para hablar a un volumen muy bajo al otro lado de la casa. Bruno estaba en el patio; al parecer, no le agradó nada que mi enojo me durara tan poco. A mí tampoco me gustaba la idea de perdonarlo tan fácil, pero ¿qué opción tenía?

Miré a Morales: tenía que buscar sus motivaciones para ayudar a Bruno. Lucas parecía muy relajado a su lado, dema-